

# SUSURROS

REVISTA COLOMBIANA DE CULTURA

18

Francia  
Mayo 2008



José Alberto Jerez

## Internet y universalidad

Con el advenimiento de la Internet la cultura y las comunicaciones se han democratizado de una manera extraordinaria. El concepto de aldea global, tan llevado y traído durante décadas, se hizo, por fin, realidad inobjetable y las geografías y los límites nacionales desaparecieron. El arte, la ciencia, la política y demás asuntos dejaron de ser noticias de circuitos cerrados para volar libremente y llegar a todos los espíritus. Ya no existen cotos cerrados ni misterios exclusivistas. Los diarios, revistas, micrófonos y pantallas de televisión dejaron de ser los únicos o máximos divulgadores de sucesos y noticias. Ahora cualquiera accede a la red y da cuenta de lo suyo sin sufrir la supervisión cultural, política o económica de los grandes monopolios. El ciberespacio es de todos y todos pueden usufructuarlo libremente.

Al lado de sus ingentes beneficios, este portentoso fenómeno tiene, empero, sus problemas. Uno de ellos es la basura incontrolable. Los correos electrónicos son inundados de continuo por todo tipo de ofertas indeseables y nuestro tiempo es atropellado y saqueado en vista de que no hay forma de eludir la agresión sistemática y descarada. Pero, bueno, hay que tener paciencia y gozar y aprovechar lo útil, borrando y desechando lo inservible o basural.

Antes hacer una modesta revistilla poética, por ejemplo, constituía una verdadera proeza y una certeza de quiebra. Ahora se hacen maravillas en la red y se llega a públicos lectores inimaginables, pues en cualquier parte del mundo, de la selva o del espacio en donde haya una simple conexión o unas pilas eléctricas, se crea el prodigio de la comunicación. La gente lee, comenta, discute, colabora, participa, reenvía. Los textos son reproducidos y compartidos. Todo se puede lograr por la Internet en materia de comunicaciones.

Ya no hay nada local. Todo es universal. Sólo que, en materia de arte, por ejemplo, es importante recordar la enseñanza clásica de los narradores rusos: "Pinta bien tu aldea y pintarás el mundo". Lo demás lo hace la red.

EDITORIAL

**Susurros**

Revista colombiana de cultura  
N° 18- Mayo 2008

**Redacción**

**Abimael Castro**  
**Hernando García Mejía**

**Dirección:**

**10 Place Morel, 69001,**  
**Lyon, Francia**  
**[jefi.geo@yahoo.com](mailto:jefi.geo@yahoo.com)**

# Homenaje

## JUAN GELMAN

Premio Cervantes de Literatura, 2007



### AUSENCIA DE AMOR

Cómo será pregunto.

Cómo será tocarte a mi costado.

Ando de loco por el aire

que ando que no ando.

Cómo será acostarme

en tu país de pechos tan lejano.

Ando de pobre Cristo a tu recuerdo

clavado, reclavado.

Será ya como sea.

Tal vez me estalle el cuerpo todo lo que he esperado.

Me comerás entonces dulcemente

pedazo por pedazo.

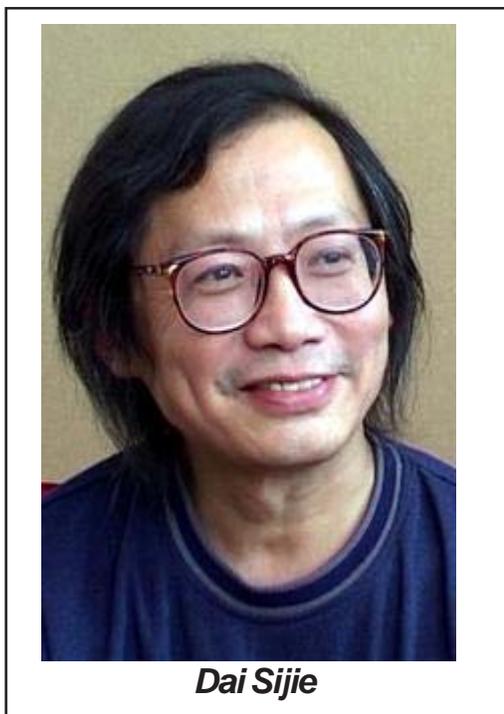
Seré lo que debiera.

Tu pie. Tu mano.

Nacido en Buenos Aires, en el barrio de Villa Crespo, en 1930, Gelman es autor de poemas como “Violín y otras cuestiones” (1956), “En el juego en que andamos” (1959), “Gotán” (1962), “Salarios del impío» (1993) o “Sombra de vuelta y de ida” (1997).

Aunque su trayectoria personal ha estado vinculada al drama de los “desaparecidos” durante la dictadura (1976-1983), reivindica el significado estrictamente literario de su obra.

## Balzac en la China



A la pequeña y lluviosa aldea de la montaña del Fénix del Cielo fueron desterrados, en vía de “reeducación” política-campesina, dos jóvenes ciudadanos, hijos de un neumólogo, una especialista en enfermedades parasitarias y un dentista, caído en desgracia por atender a los enemigos del régimen, no obstante haber reparado la caja de dientes del jefe supremo. Luo y su amigo, el narrador de la historia, tenían 18 y 17 años respectivamente y estaban sindicados de intelectuales reaccionarios. Por esa época Mao Zedong, con su terrible Revolución Cultural, que tantas víctimas causó, había encerrado el país, “depurándolo” de todo signo de cultura o civilización capitalista. Los muchachos llevaron al remoto y paupérrimo pueblo dos objetos desconocidos, considerados mágicos por los aldeanos analfabetas: un reloj despertador y un violín. El reloj, con un gallo picoteante, servía para atrasar o adelantar las largas jornadas laborales, que incluían cargar a la espalda enormes y pesados barriles de estiércol humano licuado, usado como abono de los plantíos, y el violín para interpretar a

Mozart, en una pieza titulada hábilmente por el joven intérprete “Mozart piensa en el presidente Mao”. De lo contrario, habría sido silenciada y prohibida por el jefe de la aldea, guardián del orden maoísta y responsable del proceso reeducativo de los mozos.

Luo sólo sabía contar historias, cosa que pronto fue aprobada por el jefe. En la aldea no había más diversiones que las historias, que alegraban y distensionaban los pocos momentos de ocio disponibles en el frío y ventoso galpón de madera donde se reunía la comunidad. Los muchachos, que sufrían lo indecible, laborando, desnudos y empavorecidos, en una vieja y peligrosa mina de carbón, terminaron contando las películas que habían visto y recordaban. Por eso, poco después, el jefe decidió enviarlos a Yong Jing, la ciudad más cercana, a ver filmes que después deberían relatar.

Para ir, ver las películas y regresar, tenían cuatro días. Los caminos de montaña eran largos y ásperos pero ellos los recorrían con júbilo. En un lugar donde todos los buenos libros estaban vedados, las películas, o “cine oral”, sustituían su maravilla y encantamiento, y la gente las escuchaba con emoción. Película tras película, un día los narradores descubrieron que el Cuatrojos, otro intelectual castigado por ser hijo de escritor y poetisa, tenía una maleta llena de títulos de la gran literatura clásica universal, entre cuyos autores estaban Balzac, Alejandro Dumas, Stendhal y Flaubert. La robaron, la escondieron entre una roca y todas las noches, a la tenue luz de una lámpara de petróleo, leían las historias fascinantes, que no sólo les mejoraron

la vida sino que les dieron nuevo material para sesiones laborales, pues en buena hora terminaron contando los libros como si fueran películas.

Gracias a las películas reales y bibliográficas, Luo conquistó a la linda hija del sastre de la región, personaje de gran consideración social. Los amoríos animan bellamente la historia del destierro de los amigos y concluyen generando un aborto. Finalmente, los “reeducados” regresan a su ciudad y la sastrecilla, transformada anímica y mentalmente por las historias de Balzac, termina también por emigrar en busca de mejores horizontes.

La historia, fresca, sencilla y lineal, fue escrita por Dai Sijie, otro chino que sufrió, como sus personajes, el proceso consabido y que después de estudiar arte y cine viajó a Francia, en donde, además de escritor, se hizo cinematografista. Actualmente ha realizado cuatro películas. Con Balzac y la joven costurera china, su primera novela, editada en España por Salamandra en el sello Quinteto, triunfó ampliamente en Francia, ocupando el segundo lugar entre los libros más vendidos. Su película sobre el tema, en coproducción franco-china (2002) es tan bella y recomendable como la novela.

**Gustavo Páez Escobar**

## **Las guerrillas del Llano**

***Uno de los testimonios más representativos y veraces de la violencia política que azotó al país en los años cincuenta del siglo pasado lo presenta Eduardo Franco Isaza en su libro “Las guerrillas del Llano”.***

La primera edición de dicha obra apareció en Caracas en 1955, y en Colombia circuló en forma clandestina debido al clima de represión y censura que se vivía entonces. La segunda edición es de la Librería Colombiana, de Bogotá, en 1959, con prólogo de Juan Lozano y Lozano; la tercera, de Hombre Nuevo, de Medellín, en 1968; la cuarta, del Círculo de Lectores de Colombia, en 1988; la quinta –que logré conseguir hace poco, luego de buscar el libro durante largos años– la efectuó Planeta Colombiana en 1994.

El autor, nacido en Sogamoso en 1920 y miembro de una prestigiosa familia, fue uno de los principales dirigentes guerrilleros del movimiento liberal que surgió en el Llano para combatir el implacable régimen conservador que se había encarnizado contra su partido. Eduardo Franco Isaza

vivió, entre los años 1947 y 1953, y dentro de la guerrilla que él mismo ayudó a organizar junto con otros tenedores de tierra en las sabanas de Casanare, todas las peripecias, angustias y horrores que representó aquella contienda histórica, una de las más demoledoras de Colombia.



**Guadalupe Salcedo y sus compañeros de guerrilla**

Esta rebelión campesina estaba orientada desde Bogotá por el doctor Carlos Lleras Restrepo, presidente del Partido Liberal, quien en asocio de otros copartidarios suyos realizaba colectas para financiar los gastos inherentes a dicho conflicto armado, que no eran pocos ni fáciles de sostener. Mientras tanto, los guerrilleros luchaban casi con las uñas –sin armas suficientes y en precarias condiciones de alimentación y salubridad– para contrarrestar los ataques del adversario que se replegaban en el amplio territorio bajo el ímpetu de los “chulavitas”, denominación proveniente de una vereda del municipio boyacense de Boavita, que se hizo célebre por salir de allí las hordas asesinas que causaron en el país innumerables estragos.

Los “chulavitas” les dieron encarnación a los “pájaros” y unos y otros pasaron a la historia con la connotación de matones. Los cuerpos armados del régimen conservador exhalaban por los poros sangre chulavita, y a ellos se enfrentaban con arrojo, como auténticos centauros, los indomables habitantes del Llano, acaudillados, entre otros, por Guadalupe Salcedo Unda, Eliseo Velásquez, Eduardo Franco Isaza, Rosendo Colmenares, Tulio Bautista, Dumar Aljure, Antonio Villamarín, Eduardo Fonseca. Eran dos poderosas fuerzas de choque y destrucción que se disputaban el dominio de las pampas y los montes para destruir al enemigo.

En esta guerra a muerte, que no solo estaba declarada en los Llanos Orientales, sino en el país entero, Colombia se desangraba en una pavorosa ola de criminalidad. El nervio de tal conflagración eran los odios políticos entre liberales y conservadores. Odios atávicos que comenzaron desde el propio nacimiento de la República con la rivalidad entre Bolívar y Santander, continuaron con las guerras del siglo XIX y llegaron a las entrañas del siglo XX. Colombia siempre ha estado en guerra.

Dice Augusto Trujillo Muñoz en su reciente libro “De la Escuela Republicana a la Escuela del Tolima”: “Tanto a nivel nacional como en las distintas regiones del país el lenguaje de la oposición conservadora era vehemente y, a menudo, agresivo. También lo había sido el del liberalismo frente a la hegemonía conservadora durante los años veinte. Quizá eso ayudó a incubar el fenómeno de la violencia de la mitad del siglo”.

Esta última lucha fratricida, pintada por Franco Isaza con realismo estremecedor y con lenguaje vehemente, donde a veces campea el alma poética de la llanura en medio del fragor de las balas, dejó en la comarca llanera alrededor de doscientos mil muertos, y en Colombia, alrededor de trescientos mil. Los combates se extendían desde Villavicencio hasta Arauca y desde el río Meta hasta el Vichada, en una extensión de 200.000 kilómetros cuadrados de llanuras, montañas y selvas.

La crueldad chulavita llegaba hasta los límites de la demencia. No solo se mataba, sino que se mataba con sevicia. El siguiente relato, que sitúa Franco Isaza en Puerto López, pinta la maldad diabólica que se aposentaba en las almas sanguinarias: “Un día un sargento conduce a cinco ciudadanos a la cantina del popular turco Chalela. Los hace beber hasta la embriaguez, él también se anima con unas cuantas copas. Al final los hombres mareados quedan dormidos sobre el mostrador y las mesas, entonces el sargento desenfunda su revólver y los despacha uno por uno con un tiro en la cabeza, les aligera los bolsillos de dinero y se larga en un avión de guerra”.

Los llaneros buscaban despejar su territorio de esta gente advenediza y bárbara. Y estos, a su turno, incitados por la peor pasión partidista de que se tenga noticia en la historia colombiana, no podían comportarse como mansas palomas. El terrorismo se apoderó de las tierras y de las almas. En la capital del país, los dos partidos libraban, desde la cumbre de sus mandos desquiciados, inútiles tentativas por conseguir la paz de la nación. Lejos de lograrlo, ardían las rotativas de El Espectador y El Tiempo y las llamas llegaban hasta las residencias de Alfonso López Pumarejo y Carlos Lleras Restrepo.

Con la caída de la dictadura civil de Laureano Gómez y el inicio de la dictadura militar de Rojas Pinilla, se sintió un respiro en el Llano. Vino la invitación a que los guerrilleros abandonaran las armas, y a cambio se les ofreció la amnistía. Esto sonaba bien, por supuesto. La mayoría de los líderes rebeldes, creyendo en la buena fe del armisticio, se aprestó a firmar la paz, para regresar a sus hatos. En sentido contrario, Eduardo Franco Isaza, que pedía garantías para dar este paso, se opuso a la rendición incondicional.

A la postre, se quedó solo. Fue el único que no se entregó al general Rojas Pinilla, y se asiló en Venezuela. En ausencia, un juicio de guerra lo condenó a 24 años de cárcel. En Caracas escribió el libro a que se refiere esta nota. Allí, casado con una hija del jefe liberal Plinio Mendoza Neira, ejerció el periodismo durante varios años. Hoy, de 87 años de edad y residente en Bogotá, ya el país no lo recuerda. Dice él que luchó con coraje por la libertad del Llano y por la paz de los colombianos. Desde luego, hay que creerle. Se trata, sin duda, de un personaje legendario de aquellos episodios de sangre y violencia que concluyeron, en apariencia, hace medio siglo.

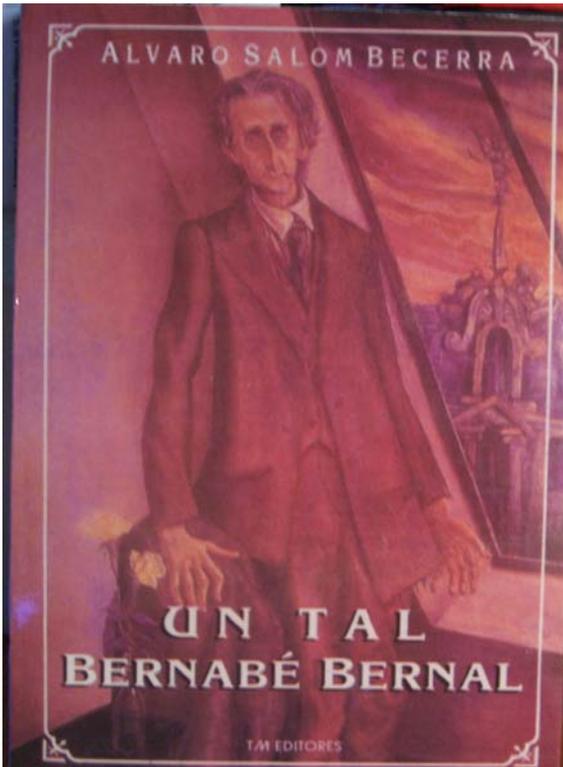
Eduardo Franco Isaza se queja en su libro del abandono en que los jerarcas del liberalismo dejaron a la guerrilla llanera, que ellos mismos habían empujado a la revolución. En el momento del naufragio del partido y de la angustia nacional que sufrió Colombia durante aquellas calendas, las figuras más importantes de la colectividad se ausentaron de la escena: Alfonso López Pumarejo se radicó en Londres; Eduardo Santos, en París; Alberto Lleras, en Estados Unidos; y otros se acomodaron en el exilio: Plinio Mendoza Neira, Alberto Jaramillo Sánchez, Julio Ortiz Márquez, Germán Zea Hernández... En esta crítica lo acompaña el autor del prólogo, Juan Lozano y Lozano, alta cifra del liberalismo.

El comandante general de las guerrillas del Llano, Guadalupe Salcedo, que creyó en la palabra oficial e hizo entrega solemne de las armas –con foto histórica que le dio la vuelta al mundo–, terminó traicionado. El 6 de junio de 1957, cuando se hallaba en la zona industrial de Bogotá, agentes de la policía lo cercaron y le ofrecieron respetarle la vida si se rendía. Con las manos en alto, murió acribillado por varios disparos. Hoy es una leyenda de la violencia de los Llanos Orientales.

Con la muerte de Guadalupe Salcedo hace medio siglo se cerraba un capítulo atroz de la vida colombiana, y comenzaba otra guerra, la que ha llegado a nuestros días: la del secuestro y el narcotráfico. La diferencia entre ambas es que la anterior no perpetraba secuestros y tenía otros ideales. Pero toda guerra es abominable. Así lo expresa Eduardo Franco Isaza en su libro: “La guerra siempre es desastre, muerte, destrucción, dolor. Ningún hombre normal quiere la guerra”.

gustavopaez@cable.net.co

## Álvaro Salom Becerra, entre la verdad y la broma



La sabiduría popular -que no se consigue en la botica Junín, ni la enseñan en ninguna Facultad, como decía mi abuelo- reza así sobre el humor: “el humor es una cosa bien seria” ; “entre charla y broma la verdad se asoma”. Estos aforismos, por citar solamente dos, están plenamente demostrados con la obra y la vida del escritor bogotano Álvaro Salom Becerra. Sus incontables lectores pueden dar fe de ello, al igual que las personas que tuvieron la suerte de conocerlo, algunas de las cuales lo describen como un gran contertulio, dueño de una conversación inteligente, llena de gracejo y bastante picante.

En mi ya lejana época de juventud, los libros de Salom Becerra fueron mi compañía, en franca competencia con el fútbol, la barra de amigos y los paseos. Para entonces eran la mejor golosina y la fuente expedita para conocer asuntos literarios, históricos, sociales y políticos de Bogotá entre los años 1917 y 1979 que, de otra forma, por esas calendas y el abandono de la provincia, habría

sido imposible. Algunas triquiñuelas políticas, leídas por entonces en forma desprevenida e incrédula, las pude comprobar años más tarde ¡cómo no!

Y mientras afuera el sol occiduo doraba las tejas y sofocaba las calles de mi pueblo, Liborina, adentro, en mi cuarto, mis ojos avanzaban con avidez en la lectura de Don Simeón Torrente ha dejado de ...deber. Tardes enteras pasé en mi cuarto, leyendo y riendo (¡socorro, dos gerundios juntos!) con las desventuras del pobre Simeón Torrente, víctima de la pobreza desde antes de la cuna y en trance de locura permanente desde que el amor se le apareció en un balcón santafereño con cara de púber, para convertirse en un excelente reproductor... de la raza humana. Hijo de la “eternamente sufrida clase media”, solamente dejó de ...deber cuando recibió la visita de la “amiga muerte”, no sin antes lograr resolver de forma ingeniosa el problema que significaba el costo de su entierro, donando su menguado cuerpo y sus órganos (todos en muy regular estado, por cierto), debidamente inventariados a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Mi madre, excelente lectora y bien enterada de aquel suceso de Don Quijote, donde el ilustre manchego pierde la razón “de tanto leer y no dormir”, escuchaba y veía con visible preocupación mis constantes carcajadas. A La tragicomedia de Don Simeón Torrente ha dejado de...deber, le siguió El Delfín, la historia de Julián Arzayús, hijo del todopoderoso Senador Clímaco Arzayús y la grande (medía 1.90 mts) Catalina Seispalacios. Julián Arzayús, el delfín (según el DRAE, del

francés “dauphin”: designado o probable, de un político o de una personalidad importante), fue puntualmente adoctrinado por su padre en su peculiar filosofía hedonista de la vida, mediante la cual esta (la vida) tiene como única finalidad la procura del placer y el logro de dos objetivos fundamentales: el dinero y el poder. Llegó a ocupar la suplencia de su progenitor en el Senado y, más tarde, titular indiscutido de la curul, merced a su poder económico y político, y apoyado en su elocuencia parlamentaria centrada en temas capitales como la patria, la espada, la bandera y la sangre. Ya a punto de alcanzar la presidencia, murió “por un arrebató del destino, dejando huérfanos a su partido y a la patria”.

Después vino *Al pueblo nunca le toca*, la tragicomedia diaria de Baltasar Riveros y Casiano Pardo, dos grandes amigos en la pobreza, la desgracia y “las polas”, no obstante sus radicales y antagónicas militancias: conservador, el uno; Liberal, el otro. Llegada la tarde, luego de agrias disputas, ahondadas por la ingestión abundante de cerveza (léase, polas), se despedían con un aire de “que nunca más te vuelva a ver”. Al otro día, mediando una cita tácita, se encontraban en el mismo lugar, a la misma hora y con los mismos temas. Cuando uno de los dos no llegaba puntual, era motivo suficiente para iniciar la cadena de mutuas recriminaciones, que pronto pasaban al terreno político. Y así pasaban, inexorables, los días, las semanas y los meses para, al final de la vida, ponerse de acuerdo y reconocer que en política “unos y aceitunos, todos son unos” y repetir a dúo: *Al pueblo nunca le toca*.

Las novelas *Un tal Bernabé Bernal* (llevada exitosamente a la televisión colombiana) y *Un caso en el cenit*: Gilberto Alzate Avendaño, seguidas de comedias de humor negro como la llamada *Noviazgo* en 1920 y numerosos artículos de prensa en *El Espectador*, *El Tiempo* y la revista *Nueva Frontera*, de Bogotá, redondean su trabajo de escritor y periodista mordaz, crítico de la realidad nacional y agudo observador de la sociedad y la política del siglo pasado. Sus obras son, como habrá colegido el lector, una sátira permanente a la clase política y un continuo reconocimiento a las privaciones, anhelos y desventuras de la clase media colombiana, a partir de caracterizar humildes tipos humanos, personajes del común y teniendo cuidado de no introducir en ellas lesiones personales y mucho menos asesinatos, violaciones o masacres.

Su independencia absoluta en el orden literario, político y social hizo que su vida de escritor transcurriera en el anonimato, sin la crítica de los medios de comunicación, sin mención alguna de las academias, sin distinciones, ni homenajes, ni condecoraciones, no obstante las continuas reediciones de sus obras, algunas por encima de la decimosexta edición.

Ajeno a ditirambos, satrapías y cosas así, expresó: “Me importa una higa que se me niegue el título de novelista. Ese título no lo confieren las academias ni los críticos, sino el público. Nunca he ambicionado alcanzar esa fama literaria a la que se llega por los caminos tortuosos de la adulación y la intriga”

El escritor, columnista, comediógrafo y diplomático Álvaro Salom Becerra, quien había nacido en Bogotá en 1922, murió en la bella capital de Colombia en 1987, hace apenas 20 años, dejando una obra breve, de estilo único y vigencia plena, sin el reconocimiento de las academias, ni de la prensa, ni del estado, pero ampliamente avalada por el público más caro al escritor: los lectores.

iguzman2007@une.net.co

## ANGOSTA, OSCURA TIERRA DE CRÍMENES

(A propósito de la novela Angosta de Héctor Abad Faciolince)

“Iban oscuros por angosta tierra”  
Virgilio

Para mi amigo José Martínez Sánchez

En las últimas dos décadas se ha dado un constante y rápido progreso en el desarrollo de la ficción Colombiana. Existen algunas buenas ficciones, Angosta es una de ellas. Variadísimo es el lenguaje, las técnicas y si se quiere la manera de contar historias. Toda novela cuenta una historia y en ella deberá suceder algo. El escritor construye su trama de diversas formas y crea o inventa unos personajes que, a veces parecen salidos de la realidad social. El tiempo le permite ir del pasado al presente y del presente al pasado creando la sensación de que todo puede suceder en unos días, unos meses o un año. El novelista de hoy ha hecho del tiempo y los personajes su mejor aliado; la mejor forma de estructurar sus relatos. Los días en que el realismo mágico abrumaba han pasado. Muchos observan hoy la realidad social, un realismo trágico y si se desea algunos han omitido la “retórica literaria” para preocuparse de los tropos y el manejo adecuado del lenguaje. No podemos decir cualquier cosa, en cualquier época, cada época genera su propio discurso y las dinámicas propias que generan los conflictos sociales. La realidad local puede importar más que la realidad global, no sin decir, que lo que pasa en el mundo no nos interesa, no nos atañe. En nuestras ciudades existe un fenómeno tajante, la violencia. El intento de los escritores por ficcionar, sintetizar o narrar este flagelo es arduo. Así como la sociología indaga la vida cotidiana, la sociedad, la cultura, las instituciones, la violencia. El novelista se concentra realmente en lo que pasa o pasó a los seres humanos. Angosta es una genial y magistral novela sociológica que hunde sus raíces en las violencias urbanas, teniendo como escenario el territorio, la sectorización y el análisis micro político del Apartamiento, la exclusión y la marginación. Logra una ficción perfecta. La violencia a secas en los relatos de Angosta son un ingrato acontecimiento que envuelve con todo muchos peligros y destruye a su paso todo lo que toca. En la ficción literaria hay un consenso en cuanto a la naturaleza del problema de la violencia. Pueden existir diferencias, acuerdos o desacuerdos sustanciales con su autor frente a la visión de la pobreza, pero en mi opinión Angosta es la mejor novela de ciudad que se ha escrito en Colombia en los últimos tiempos sobre las maquinaciones sutiles y no sutiles de la violencia, el control territorial y social realizado sobre las poblaciones más pobres.



Se habla además, del exterminio de la oposición por unos poderes establecidos quizás con los dineros producto de las explotaciones de masas de trabajadores o el dinero fácil del narcotráfico y

la industria del secuestro. El estado que calla y no ejerce el monopolio del poder y de las armas; los políticos enriquecidos, la guerrilla, los ataques y el secuestro a los “dones”. Síntomas que brotan analizados uno por uno en la novela. Los puntos básicos a tener en cuenta en Angosta son aquellos que permiten hacer unas lecturas de la violencia como un problema estructural y ligado a la acumulación de riqueza. La política de Apartamiento, para ser más claros, es algo estrictamente económico. La intolerancia descrita en esta obra, el poder, el control territorial, la exclusión y la falta de movilidad, los asesinatos selectivos, los tribunales oscuros de exterminio (la secta de los siete sabios) son un banquete sociológico o un análisis de los micros poderes en esta novela. ¿Qué hace que a un pobre, sin clase, le sea imposible habitar una oscura tierra como Angosta? El lector lee simplemente, la novela, escrita en fragmentos intercalados y con un narrador en varias voces, no necesita profundizar para adquirir conciencia de la situación en una ciudad como Angosta. Quizá la novela se ha escrito para honrar la memoria de los muertos. Al curioso que desee conocer a fondo deberá visitar lentamente las páginas de Angosta; a la hora de los auténticos acontecimientos le será necesario revolcar el follaje de las hojas del libro. El lector tiene que cuidarse, eso sí, de no sacrificar el tiempo para pulir en la memoria la crudeza de la violencia ciudadana. El escritor de Angosta cuya voz, no exenta de ironía y de humor, modula mensajes desde lo real; insubordinando los tópicos de la sensibilidad humana. El erotismo y el lenguaje, los libros, la librería son portadores de un pensamiento crítico y profundo. La calidad de la novela, la inteligencia de su autor hacen ver el sereno y tenaz brillo de las imágenes. Todo es real aquí, nada parece inventado.

Ahora bien, territorialidad y sectorización son los medios de intervención de las clases dominantes que tienen su hábitat en la tierra de Angosta. En esta sociedad creada para los pudientes, el dinero, es lo único que les confiere a los individuos y a las castas su identidad. Antes que nada las personas o los sujetos son de “alguna parte” o de “algún sector” y será necesario un salvoconducto para llegar a los de arriba (los dones), también es referencia común las fronteras que dan coherencia a una sociedad instaurada a través del poder económico, el miedo y la movilidad de las personas. “¿Por qué debe haber libertad de todo menos de movimiento? Se dice que el mundo se ha convertido en una aldea global. Entonces ¿que podemos decir de una aldea que no deja libertad de movimiento a sus habitantes? Simple: que practica una política de Apartamiento, es decir, de Apartheid, para ser mas claros, así éste no sea racial sino estrictamente económico”.

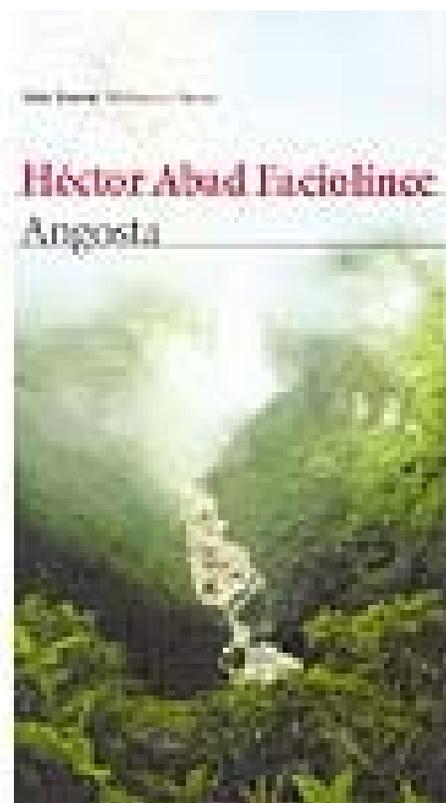
Numerosos ejemplos en la ficción Angosta muestran la importancia de tener dinero. Los intercambios económicos son los que constituyen “un poco” de apertura a las colectividades territoriales. Sólo se dan para generar más dinero. Aquí como lo dijimos anteriormente, el principio de la identidad y de la casta (dones, segundones, tercerones) están regidos por el dinero y la actividad laboral y no por la cultura. Angosta como ciudad es definida en el texto, de esta manera: “Una ruidosa ciudad mecanizada, pero rinde homenaje al viejo villorrio como si quisiera volver al pasado y añora ser sólo un pueblito: rural, sosegado, religioso y tradicional con todos los valores del criollismo rústico. En la cumbre del cerro... se hace el intento de idealizar esa pacífica y bucólica aldea campesina que Angosta nunca ha sido en los últimos cien años. Los angosteños, al no sentir la ciudad como un refugio seguro, padecen una especie de desarraigo, o exilio interior, y no han podido asumir con tranquila pasividad y con sereno espíritu imitativo el viejo tópico del elogio a la propia tierra”. La muralla construida además de separar a los que tienen de los que no tienen; separa el presente del

pasado. Por eso, Angosta no es un lugar amable, más que una ciudad es, en la novela una encrucijada del peligro. La selva de una vida de peligros miserable e indigna. Sea como fuere, el triunfo de una sociedad exclusiva genera un régimen de control y disciplina y desde el punto de vista de la regulación social, la ficción literaria se nos presenta como el mejor análisis social de la lógica del encierro. Una sociedad constituida por unidades territoriales autónomas y capaces de asumir su reproducción. Muestran un rasgo característico de la violencia, la falta de solidaridad y el control ejercido sobre los pobres. También, se observa como lo global y lo sectorial no se oponen. Inclusive el idioma inglés es un privilegio de la casta de los dones. La novela muestra el estallido de las instituciones democráticas, de la familia, la iglesia, las costumbres, los hábitos para dar paso a una sola actividad: la económica. En los relatos los personajes trabajan y producen según su condición, pero los oficios varios y generales siempre serán oficios de pobres. En Angosta Jacobo Lince uno de los personajes fundamentales de la historia es un “don” por su dinero,

pero un segundon por su oficio y su forma de vida. Jacobo reflexiona a lo largo de la ficción sobre elementos claves en una sociedad: El matrimonio, la sexualidad, los hijos, los amigos, los libros y las amistades constituidas a base de pasión o miedo. Para él “no es el espíritu, sino el deseo el que sopla donde quiera”. El erotismo, los libros, la caminadas, las mujeres, su relación con ellas se muestran en la novela como líneas de fuga o formas de evadir el cerco de la política de Apartamiento. En síntesis, se cuenta la historia de una ciudad sitiada por el horror, las desigualdades y el Apartamiento. Pero es también la historia de los seres inocentes, como el poeta Andrés Zuleta, Camila, Virginia, el doctor Burgos etc., etc.

Todo comienza en Angosta con un descubrimiento bibliográfico, mejor aun geográfico: un libro sobre la geografía de Angosta. Todo termina con la muerte de un joven poeta, la huida de Camila, Jacobo Lince y Virginia. Jacobo en su huida reconoce en su memoria lo leído meses atrás sobre la ciudad de Angosta. “La capital de este curioso lugar de la tierra se llama Angosta. Salvo su clima, que es perfecto, todo en Angosta esta mal. Podría ser un paraíso, pero se ha convertido en un infierno”.

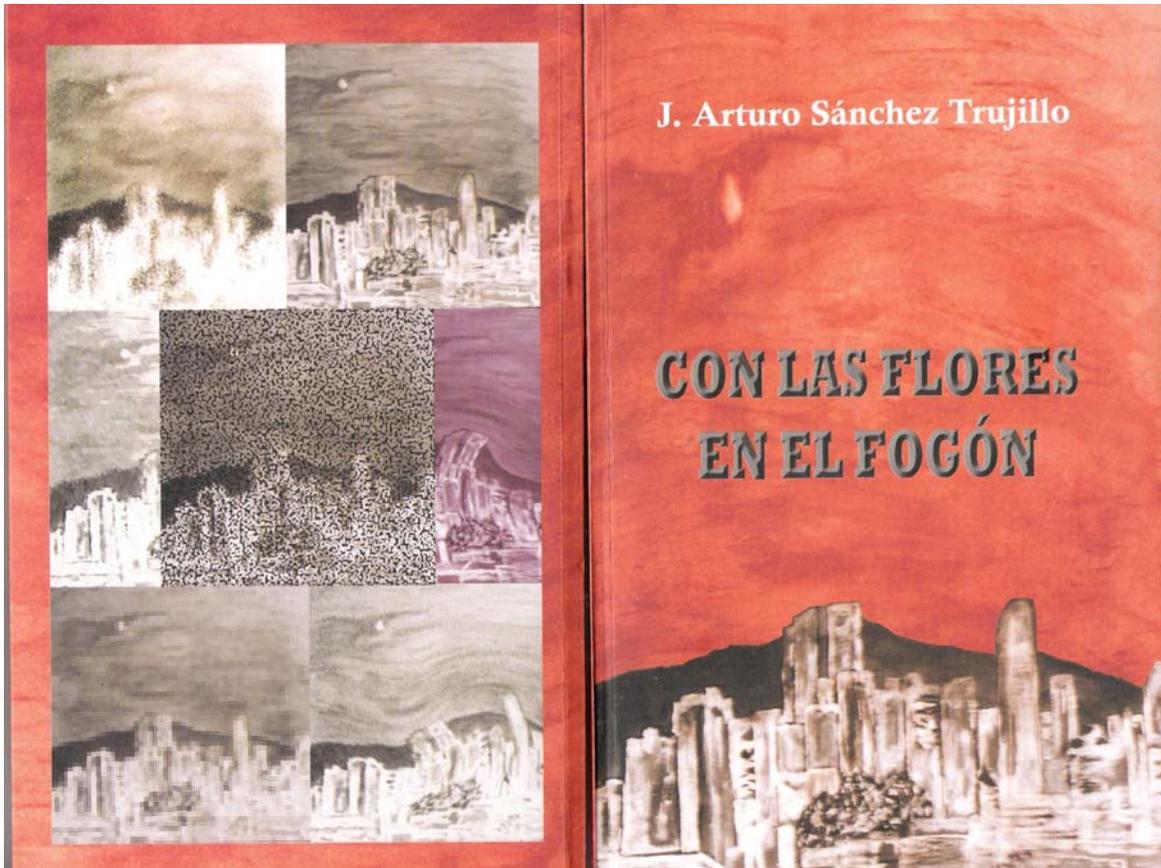
Leer hoy una gran ficción como Angosta representa un descubrimiento literario en la novela colombiana y una forma de exorcizar la muerte.



*Antonioarebe1@hotmail.com*

## CALLES

Abrimos los portones  
del cemento.  
El silencio es piedra hirviendo  
y el sueño no existe.  
Hay chillidos en las calles del miedo.  
Ese ferrocarril de cosas.



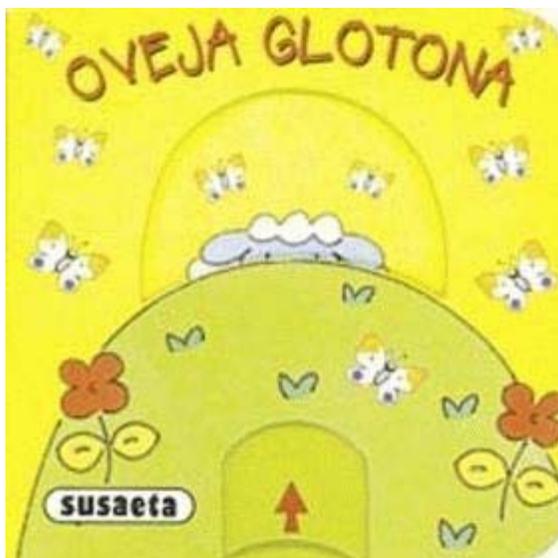
## EN LA JUGADA

El rey suele quedarse enrocando en sus palacios.  
Una reina hace la corte y se desliza peligrosamente.  
Las torres se atrasan o adelantan hasta el acantilado.  
Alfiles descubren cortinas oblicuas y cuevas secretas.  
Vuelan letales con sus hachas los caballos.  
Puede dar mate un peón.

## CIUDADES ALABEAS

Nadie sabe con certeza,  
dónde van a parar los puntiagudos  
oxidados alfileres sin cabeza  
que irredentos se pierden a diario  
en el despelucado y graso fluido  
de nuestras ciudades.  
Ni qué agujeros se esconden  
en el inestable terreno  
de todas estas caras de cobre molido  
que patinan en la herrumbre  
disparando arsenales de gestos morados  
antes de dormirse con un ojo abierto.  
Seguramente nadie sabe cómo suena  
el tintineo de la sangre de Dios  
en las arcas y copones de los nuevos Mesías.  
Ni en cuál de tantas piras urbanas  
lavarán su próxima mugre sagrada  
los falsos inmortales.  
Casi nadie se entera de aquello que ocurre  
en estas ciudadelas rotas  
que se levantan y caen una y otra vez  
entre microscopias y sangre cibernética.  
O qué mercenarios misterios habitan  
detrás de las puertas de corcho negro.  
Ni cuáles manivelas retorcidas estrujan  
en los reservados del voluble y luminoso esperpento.  
En estas alabeas  
novas  
o arañuelas ciudades.

## Don Juan Susaeta, editor



Don Juan Susaeta Ogueta, español y editor, falleció hace poco de un problema cardíaco en Medellín. Desde muy joven incursionó en las lides editoriales y en compañía de su hermano Raimundo fundó en Madrid a Susaeta, caracterizada por sus volúmenes de literatura infantil, en tapa dura, preciosamente ilustrados y difundidos por todo el mundo hispánico.

Con su hermano, don Juan vino a buscar nuevos horizontes en América. En Perú trabajaron en la editorial Iberia. Después, don Juan llegó a Colombia, concretamente a Medellín, ciudad de la cual se enamoró y en donde fue incluso cónsul de su país. Por entonces, los cromos de animalitos estaban de moda y empezó a imprimirlos y a comercializarlos con mucho éxito. El

negocio creció y agregó a su producto estrella la comercialización de la cartilla Coquito, de la que es autor Everardo Zapata Santillana. Con ella la empresa inauguró una nueva modalidad, terminando convertida en lo que fue Susaeta y compitiendo con Bedout, la mayor editorial antioqueña y colombiana de entonces.

Tiempo después, ya en la primera sede de Envigado, don Juan conoció a Jorge Luis Osorio Quijano, quien le presentó un proyecto que constituiría el fenómeno didáctico conocido como la cartilla Nacho, cuyos enormes tirajes rubricaron el éxito de la editorial y cuyas adaptaciones la hicieron muy conocida y aceptada en la mayoría de los países hispanoamericanos.

Tras la deplorable desaparición de la centenaria editorial Bedout quedó Susaeta sola en el mercado antioqueño, logrando enorme prestigio con sus colecciones literarias y sus cuidadas antologías que exploraban la mayoría de los temas y géneros literarios. Series como Juveniles, Los mejores, Novela de vacaciones, Clásicos universales e Inolvidables, lograron, a través del sello Edilux, un magnífico suceso de justipreciación y difusión en todo el país.

Como experimentado y sabio editor, don Juan conocía “en dónde ponen las garzas” y le bastaba escuchar el planteamiento de cualquier proyecto para saber si debía o no patrocinarlo. Escuchaba con atención, medía, sopesaba y decidía. Rara vez se equivocaba. Además, tenía una virtud adicional: leía y le gustaban los libros.

El noble patriarca, cuyas cenizas fueron arrojadas al mar de Coveñas, el paraíso bienamado en donde fue tan feliz en vacaciones, me dio alguna vez una lección muy importante. Siendo yo uno de sus autores, además de su director editorial, hablábamos una mañana de literatura y él me dijo:

–Los mejores libros son los infantiles y juveniles.

–¿Por qué, don Juan? –pregunté.

–Porque enseñan a soñar –respondió.

Era un verdadero empresario editorial. Su ausencia ha empobrecido mis días y me deja también un poco huérfano.

“Señora muerte que se va llevando/ todo lo bueno que en nosotros topa”, diría León de Greiff.



## José Alberto Jerez



Nació en Bogotá, Colombia en 1962, donde realizó sus estudios de arquitectura y dibujo. En la década de los ochenta, en Bogotá participó en la organización de varios festivales culturales. En 1990 se trasladó a Alemania, en donde ha realizado exposiciones individuales y colectivas en Tübingen, Heilbronn, Stuttgart. Entre 1996 y 1997 regresó a Bogotá exponiendo su trabajo en la Biblioteca Nacional y en otros lugares de Colombia. Actualmente vive en Alemania desde donde ha expandido su trabajo artístico a varias ciudades europeas.